

Nº 506  
27  
Septiembre  
2021  
Lunes



## Una pifia y muchas posverdades

Manuel Parra Celaya

**E**l esperpento o vodevil de los *ocho encapuchados*, la *víctima* y el Señor ministro del Interior llenó, por lo menos, dos amplias portadas de los telediarios en sendos días, sumiendo a la población en una especie de congoja atormentada y culpabilizadora. A estas alturas, no sabemos cuáles fueron las deliberaciones del Consejo de Ministros urgente convocado por Pedro Sánchez ad hoc, especialmente cuando estalló la verdad sobre todas las cabezas implicadas en el ridículo.

Aparentemente, no pasó nada: los colectivos LGTBI prosiguieron con sus manifestaciones de protesta y los señores Marlaska y Sánchez vinieron a decir



aquello de *«bueno, esta vez no fue una realidad, pero otras veces lo ha sido y será»*, prosiguiendo, tan ternes, la campaña propagandística iniciada. Como tantas veces. Ya sabemos que, poco a poco, el silencio de los medios informativos será el bálsamo habitual para los (pocos) ciudadanos que han advertido lo falaz de la representación por parte de los actores principales del elenco habitual.

Me dicen que no es correcto aplicar el concepto de *posverdad* a este caso, pues se trataba simplemente de aprovechar una denuncia falsa en todos sus términos para provocar una campaña de concienciación y agitación que contribuyera a ideologizar, más si cabe, a la audiencia de este laboratorio de pruebas en que se ha convertido España. En todo caso, la precipitación es mala consejera, especialmente en los políticos, a los que se suponen (es un decir) ciertas dosis de prudencia.

Pero lo que ocurre es que aquí nos estamos acostumbrando por desgracia a tragar las ruedas de molino sin mover una pestaña. Las estupideces que vierden por su boquita personajillos (y personajillas) quedan grabadas en el disco duro del cerebro de muchos españoles y los predisponen a acoger el espurio

mensaje que contienen, sin capacidad de crítica para ponerlas en duda. Son especialmente hábiles en estas cuestiones los voceros nacionalistas, que cuentan de antemano con una clientela asegurada.

La mayoría de los medios colaboran perrunamente con su selección de noticias, informaciones y reportajes; de entrada, postadas a todo lujo y tiempo; luego, seguimiento cansino e inmisericorde del tema; en su defecto, cuando es muy evidente la pifia –como el esperpento que nos ocupa, el silencio que logre el olvido–.

No es extraño que, por ejemplo, sea perfectamente posible imponer una *historia oficial* a los españoles, con rechazo rotundo o incluso sanciones para las voces discrepantes. No es extraño que vayan tomando cuerpo en nuestra antropologías absurdas, igualmente *oficiales* y *consensuadas* unánimemente, incluso acallando a aquellos que, por su condición científica o religiosa, podrían echar por tierra las patrañas, lanzadas como dogmas. Otra cosa es que esas voces tengan gallardía para discrepar...

No son extrañas tampoco las criminalizaciones vertidas contra personas, instituciones o entidades, en las que las funciones de fiscal, juez, jurado y verdugo están asignadas de antemano en una sola versión, mientras que toda defensa, además de sospechosa, es perfectamente inútil.

No es raro que, cuando se aproximan las urnas, surjan, como por ensalmo, encuestas orientadoras de voto, y, si ello no basta, en algunas ocasiones, algún hecho sorprendente y

*casual* sirva para decantar las papeletas en la dirección necesaria.



Vayamos a las causas últimas, que no son otras que la ausencia total de *categorías permanentes de razón* y el consiguiente relativismo, inherente a la ideología del Liberalismo y que, en su versión *neo*,

se ha llevado hasta las últimas consecuencias. Las sombras del pensamiento de Locke y de Rousseau planean sobre nosotros constantemente; como afirma el catedrático Miguel Ángel Garrido Gallardo, «*nadie podría mencionar la mentira allí donde no existe de ninguna manera la verdad*».

No importa que el terremoto político provenga de una denuncia falsa, pues ya se encontrarán formas de justificar ese seísmo en cuestión, aunque sea difícil hacerlo con la falsedad que lo originó; no importa que el político (o *política*) de turno mienta a mansalva, contradiga rotundas afirmaciones anteriores o sostenga necedades ante los micrófonos. La sumisión será la respuesta mayoritaria.

Junto a la filosofía, las lenguas clásicas, la sintaxis o la ortografía, el pensamiento crítico han sido arrojado fuera de las aulas como asignatura obligatoria para conseguir una verdadera educación en el civismo y la convivencia.

# El delito de odio

Enrique del Pino

**S**i no recuerdo mal fue uno de los asuntos que recordé en mis primeros artículos en esta revista. Ya han pasado algunos meses. Como era de esperar, nada ha cambiado. Nuestros políticos siguen con la cantilena de llamar delito a lo que no pasa de ser pecado. En aquel momento terminaba con la siguiente frase: «O somos pecadores o somos delincuentes». Pues sí, la izquierda española, cabe de comunismo, ha decidido que seamos las dos cosas.

Por supuesto, creo que la Iglesia no considera pecado capital al odio. Pero la Iglesia es una cosa anticuada que no está al loro de los tiempos y se ha quedado en la letanía de los siete capitales, que no contemplan el odio como uno de los más perversos. La Administración, en cambio, va más allá. En su afán colonizador ahora pretende echarle un pulso también a los vicarios de Cristo, que dijo que el Amor era la antítesis del Odio. Bueno, no lo dijo así, pero nosotros lo escribimos con estas letras porque nos da la gana. Pero tampoco esta reflexión convence a los cerebros neocomunistas que permanecen



en el Poder, ahora crecidos desde que al Coletas le dieron un puntapié en el culo y lo mandaron a hacer televisión con Roures. La señora Yolanda Díaz, la ministra que mejor viste en España, se ha hecho cargo de la subdirección y ha arrinconado al comunista de estilo superviviente y a la chica de los recados Belarra para colgarse la medalla de los 15 euros de

SMI. Que no es odio a las clases sino amor a los vulnerables.

Pero no, por más que insistan habrá que recordarles a estos avanzados de lo Social que el Odio es una estupidez metida con calzador en el código de las memeces. Odiar no será pecado capital, es un decir, pero es lo más horrible que puede habitar el corazón de las personas. Cuando la gente mata o lo desea, cuando la sociedad se embarca en esa amarga singladura de muerte, cuando las personas están como emborrizadas por el instinto asesino no pecan por odio sino de carencia de amor. Porque es fácil manosear el lenguaje y hacer creer que los grandes pensamientos se sustentan en el estilo depurado que albergan las palabras, pero en más sencillo inocular a la gente con la falaz retórica de todos, todas y todes, que tan en boga está. No existe el delito de odio, como no lo hay de envidia, de ira, de lujuria o de otras taras. Eso queda para los confesionarios, que cada día son menos visitados. Lo que tenemos es delincuencia motivada por el odio que corroe a media población. No se trata de señalar a nadie, no es el caso, pero sí de declinar responsabilidades de una clase instalada en una de las sociedades menos dañada por los

falsos profetas, una casta que parte de una filosofía caduca que hunde sus raíces en el odio de las personas y de las clases. Si hace falta dar una mano de lejía a esta sociedad hay que empezar por desinfectar estos reductos labrados con miserias de porcelana, que es lo más parecido al material de que están hechos los inodoros.

Prefiero la parte positiva de la cuestión. Prefiero hablar de amor, que es el antídoto. Cuando se oye decir en la TV, en especial la «Secta», que fulano o



fulana ha cometido el delito de odio pienso que es la carne de gallina la que se envara. La carne de gallina de esta sociedad de mansos corde-ros. La gente no odia porque sí, porque lo dice el rojerío; la gente delinque porque se guía por impulsos irracionales, las más veces imposibles de contener. Cuando esto ocurre, que es casi siempre, se debe hablar de delincuencia y actuar según marca la ley en cada caso. Ya

está bien de meter pamemas estúpidas en el decir diario. Ya está bien de recitar la canción del pirata en las pantallas, que luego se convierten en la canción del verano de los burros de la política, cuando no de otras instituciones.

En buena lógica el odio debería estar incluido en la lista de los siete capitales. Sería entonces algo más que la octava maravilla del mundo. Pero no lo está. Los sesudos del Vaticano estiman que la consideración moral que le corresponde no es cabeza de mal alguno sino consecuencia de la falta del bien, que es el amor. Eso suena a salmo, pero para los teólogos. Para la gente de la calle, odiar es un concepto que emerge como la lepra en el corazón de las personas que ignoran el amor. Y de la ignorancia surge el delito, Seamos serios y llamemos a las cosas por sus nombres. No más delitos de odio, sí delincuentes sin amor. No más retruécanos de andar por casa, sí más defensa de los hitos que han hecho de nosotros especialistas en el arte de convivir en paz.

\* \* \*

## Hipócrita y farsante

José María Nieto Vigil (*El Correo de España*)

**S**oy español, lo cual considero un honor y una distinción, mucho mayor que cualquier otra que tenga en mi haber personal. No es una exageración, es un sentimiento profundo y sincero y, sin ninguna reserva, una inquebrantable convicción. Es por esta poderosa razón por la que siento vergüenza, indignación, cabreo y nauseas cuando, cada día, tengo que soportar al infame presidente del Gobierno del, todavía, Reino de España.

Su intervención en la Asamblea de la ONU (Organización de las Naciones Unidas) es toda una declaración cínica, hipócrita, farisaica y, con el descaro que

siempre le acompaña, profundamente demagógica. En nuestro idioma castellano, hermoso y rico como pocos, hay un calificativo que, aunque suene dulce o discotequero, describe al narcisista Pedro Sánchez Pérez-Castejón, de cuarenta y nueve primaveras madrileñas, es un tartufo. También es el título de una excelente comedia de cinco actos, escrita en versos alejandrinos, por Jean-Baptiste Poquelin –Moliere–. Les recomiendo su lectura encarecidamente, en ella aparece el farsante o impostor, siempre dispuesto al engaño, al juego sucio y traicionero, y que acredita las cualidades de un ser despreciable por su condición inmoral y obscena.

«La democracia está amenazada en el mundo» –declaró solemnemente ante la comunidad de naciones–. Qué cuajo y qué insolente aseveración proferida por quién ha convertido a la democracia española en un porquerizo embarrado. ¿Cómo se puede tener tanta cara y capacidad para profanar la verdad?

Lo peor –si es que no hay algo todavía más vergonzante– es que habla en nombre del pueblo español, en nombre de mi Patria –con mayúscula–, y es aquí por donde no paso y trago al infame presidente, lengua-raz y descarado.



«Mire usted» –como decía Mariano Rajoy desde su bonhomía–, miente más que parpadea. Con ese tonito

moralizante, empalagoso, de gesto teatralmente afligido y, con tono circunspecto, se autoproclama salvador mesiánico de la democracia avanzada, ejemplo virtuoso de hombre de estado –a escala planetaria según el argumentarlo socialista de los últimos tiempos– y se permite el lujo de sentar cátedra. Su osadía no tiene medida, su licencia para la verborrea es excesiva por demasía, su locuacidad, parsimoniosa y petulante, rezuma una insolencia verdaderamente audaz. En definitiva, sus intervenciones públicas, precedidas de ese paseillo desgarrado hasta llegar a la tribuna de oradores, son toda una pamea y comedia de fea factura y pésimo gusto. El mismo que tiene usted para escoger sastre y corbatas –de dudosa elegancia–.

Espero y deseo que el pueblo español no se vuelva a dejar engatusar por su labia y verbigeración, que sepa separar el trigo de la paja, la mentira atrevida de la verdad callada y ocultada. Como madrileño y como español que ama a su Patria –con mayúscula– reniego de usted y de sus métodos, de sus pactos adúlteros y su programa sectario. Es usted una condena y un suplicio insoponible. Sus charlotadas, operetas y comedias, con aires melodramáticos, son lamentables y execrables. Así de claro se lo digo, sin reparo, sin miedo, ni temor a la vendetta o la represalia.

Qué mal presidente para tan magnifico estado –afirmo parafraseando a Felipe II respecto al menguado de su heredero–. Usted nos habla de peligros para la salud de la democracia a nivel mundial, así lo regurgitó en Nueva York. Y

¿Qué es lo que hace? Ya lo vemos, atropellar la división de poderes característica de un verdadero estado social, democrático y de derecho. Tiene al poder judicial controlado, salvo el irredento Consejo General del Poder Judicial, pues ha colocado a sus comisarios al frente de la Fiscalía General del Estado y en la abogacía del Estado. Su intromisión e intimidación es permanente e insultante. Controla el Parlamento Nacional desde el palacio de la Moncloa, sometiéndolo a sus caprichos ideológicos a través de decretos y disposiciones sin debate ni discusión. El presidencialismo con el que actúa es un comportamiento propio de las repúblicas bananeras caribeñas, a las que muestra su cálida acogida. No habrán olvidado queridos lectores la bienvenida dispensada a Delcy Rodríguez, vicepresidenta de la República Bolivariana de Venezuela, con todo su oropel de maletas de contenido dudoso. José Luis Ábalos ya fue purgado por su jefe en la última remodelación del Consejo de Ministros, por el afamado vodevil del aeropuerto de Barajas.

Tampoco es cuestión menor la de la política exterior respecto a Marruecos. La actuación de la diplomacia española, entonces dirigida por Arancha González Laya, también depurada por el inmisericorde Sánchez, es de pena mora –nunca más acertado el dicho popular–. Una chapuza que no es capaz de organizar ni



la TIA (Técnicos de Investigación Aeroterráquea), creada por Francisco Ibáñez para sus historietas de Mortadelo y Filemón. Arancha –Ofelia en el cómic– servía a su jefe el superintendente Vicente –José Luis Ábalos–, con la intervención de unos agentes de cualidades más que dudosas. Es decir, un montaje chapucero que provocó una gravísima crisis con Marruecos, convirtiendo nuestras fronteras en la casa de tócame roque. Barra libre para la llegada masiva de súbditos de Mohamed VI, poniendo en grave peligro la seguridad de nuestras fronteras y comprometiendo nuestra seguridad nacional.

Brahim Galli, presidente de la República Árabe Saharaui Democrática y secretario general del Frente Polisario, entró y salió de España como Pedro por su casa. Es un motivo de deshonra y deshonor para todos los españoles que, una vez más, vemos a la alegre pandilla social-podemita hacer el ridículo –ahora sí– a escala planetaria. Pero Sánchez, infatigable al desánimo, da consejos en la ONU sobre el futuro del Sahara, sin decir nada, como siempre. Un discurso cargado de eufemismos, declaraciones grandilocuentes y fatuas que, como era su vanidoso propósito, engolan su tono afectado, dando gravedad al discurso pronunciado. Vacunas para todo el mundo, el cambio climático, el futuro del Sahara o, la preocupación por la salud democrática mundial llenaron el papo de nuestro ínclito jefe de gobierno.

Mientras, en España, sus tropelías anti democráticas son clamorosas. La negociación de los Presupuestos Generales del Estado o la cuestión de Cataluña, manifiestan un talento, sin talento, a diferencia de Zapatero, en el que la clandestinidad en las negociaciones, la ocultación de los acuerdos alcanzados y las promesas efectuadas a cambio de apoyos parlamentarios, son otra muestra inequívoca de la precaria salud de nuestro maltrecho y maltratado Estado social, democrático y de derecho. La hipocresía es natural y espontánea en el quehacer de Pedro Sánchez. Téngalo claro, hace lo contrario de lo que dice.



\* \* \*

## Sus vidas se han quedado despojadas de esas pequeñas cosas que equilibran y dan seguridad

Mariló Montero (Diario de Sevilla)

«No nos olvidéis», le suplica una señora que, por su cabello blanco y las profundas arrugas en su cara rondará los ochenta, mientras se aferra a la mano del Rey como si, en ese mismo momento, él pudiera

recuperar su vida sepultada por la lava. Ella, como miles de palmeros, han perdido el sentimiento que aportan nuestras cosas personales que conforman nuestro hogar, nuestro refugio. Hubo que asimilar la devastación del apocalíptico vómito de un volcán para huir a toda prisa de su casa con tal de salvar la vida. De manera pre-



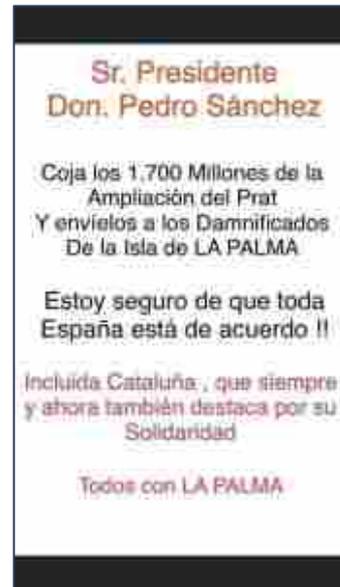
cipitada toda la familia se subió al coche donde, unos sentados encima de otros, obedecieron al desalojo. Acababa de tender las sábanas que habían sacado de la lavadora y la ropa del gimnasio de los niños. El puchero calentaba los garbanzos que iban a comer a medio día. En el fondo, todos creyeron que podrían regresar a su casa, cuando el volcán se calmara. Pero no, ni lo hará según calculan los expertos, ni una semana ni en un mes. Y ahora piensan si toda esa lava no les obligará a abandonar la isla entera. Quién sabe, la historia está llena de leyendas que hemos leído de eras pasadas, pero, quizá estemos redactando una nueva para los hombres del futuro. Ha pasado una semana y el volcán sin nombre sigue rabioso, y a algunas familias se les ha

permitido poder recoger lo imprescindible en sólo quince minutos. ¿Qué me llevo de casa? ¿La ropa que se puede volver a comprar? ¿Qué dejo de lo que



pueda vivir sin añorarlo por el arrepentimiento? La ropa de invierno se quedó en los altillos y sobre la mesa de estudio, el ordenador con la memoria llena. Los apuntes del colegio y la muñeca que ríe de la nena. Los trofeos de los campeonatos de fútbol y las mallas de ballet de la niña con sus zapatillas de punta.

Una manta de croché que le regaló su íntima amiga, hacía 23 años, y con la que desde que ella falleció le abrigaba en la butaca cada tarde de lectura. ¡Ay, los libros!... todos se han quedado en la estantería del salón. Y el costurero de madera de la bisabuela. En la mesa, que ya estaba puesta para comer en cuanto Miguel regresara de la plantación, se quedaron los platos de flores que, aunque los compró de oferta en el Supersol, le gustaban porque tenían mariposas turquesas en el filo. El dibujo del cole que lucía, cual Picasso, pegado con celo en la pared. Esas pequeñas cosas que dan sentido y calma a nuestras vidas. Sus vidas se han quedado despojadas de esas pequeñas cosas que equilibran y dan seguridad a nuestra red emocional.



\* \* \*